

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 104.—BARCELONA 25 DE ABRIL DE 1916



Ingenieros búlgaros tendiendo una línea telegráfica

CRONICA INTERNACIONAL

I. Terrible amenaza que nos amaga.—II. Un presupuesto colosal.—III. El discurso del canciller juzgado por los aliados.—IV. ¿Impaciencia o impotencia?

I.—Terrible amenaza que nos amaga

Se juega a plena luz, sin careta, y no obstante, las más de las personas no se dan por advertidas, ni se alarman, ni siquiera reflejan síntomas de desaprobación y extrañeza. Lenta, astuta y cautelosamente, Inglaterra preparó el camino, ganó (?) o creyó ganar la opinión de los neutrales; y llegado el momento psicológico habló claro: la neutralidad de Bélgica, el derecho, la libertad, la civilización y la justicia, imponen se arruine el comercio alemán y se constituya Inglaterra en la dueña y gobernadora del comercio mundial. Esta tesis no ha sido presentada en la forma escueta que antecede, sino de un modo capcioso, y no decimos hábil, porque repugna la voz habilidad para su empleo en maquinaciones de semejante calibre. Sigamos de cerca el plan inglés, que ha dejado de ser secreto y apenas ha sido comentado por la prensa de los países aliados, por esa misma prensa que tanto clama por la libertad.

Inglaterra desespera de derrotar militarmente a Alemania; para sus fines, le ha sido muy útil la

guerra europea, que ha debilitado a toda Europa; conseguida esta ventaja inicial, lo que le interesa es la derrota comercial de su enemigo, al que previamente se le habrá despojado de todas sus colonias. Esta derrota comercial se obtendrá mediante un compromiso contraído por todos los aliados contra el comercio y la industria alemanas, el día de la paz, poniéndolas bajo un régimen de excepción que beneficie directamente a Inglaterra. Este y no otro es el tema a discutir en la próxima conferencia económica de París. En la celebrada recientemente, Inglaterra expuso este punto de vista, que fué apoyado —¡cómo cambian los tiempos!—por Francia, pero ni Rusia ni Italia quisieron aceptarlo sin previo y detenido examen. Inglaterra, banquero de los aliados, amenaza con negarles los recursos que necesitan para continuar luchando, si no se allanan a sus pretensiones, y como Rusia e Italia están aisladas y frente a un poderoso adversario, es de temer que triunfe el plan inglés.

Se da así el caso insólito—no queremos aplicarle otros adjetivos—de que en plena guerra no se piense en vencer al adversario, sino en arruinarle y empo-

breckerle después, cuando se esté en tiempo de paz. No se pretende la victoria, se desea la muerte económica, definitiva, para siempre, del enemigo. La fraseología de palabras huera ha cedido, por fin, su puesto a los negocios de la City, causa única de que la guerra haya tomado tan vastas proporciones. La paz podrá firmarse cuando se quiera; después de la paz, vendrá la muerte de Alemania. No se busca la victoria, ni el predominio; se persigue la destrucción de un adversario, invencible en los campos de batalla, por medio de una conjuración contra sus órganos de vida. Como si la humanidad no debiera ni esperara nada de Alemania—y lo mismo diríamos de Francia, Austria, Italia, Rusia y la misma Inglaterra—se desea su destrucción total, porque ha cometido el enorme delito de atentar, con su trabajo inteligente y porfiado, a las espléndidas ganancias de los grandes negociantes británicos. El hecho no necesita ser comentado; califíquelo cada cual como mejor le plazca.

Sólo que a los ingleses se les ha olvidado un pequeño detalle. Para que ese convenio económico de los aliados dé en la paz los resultados que Inglaterra se propone, es menester que Alemania lo acepte, esto es, que sea derrotada en los campos de batalla.

Pero la cuestión tiene un aspecto verdaderamente grave y que afecta en lo vivo a los neutrales. Alemania se defenderá bien, cuenta con fuerzas—por las trazas—para doblegar a los demás y no doblegarse ella; no así los países neutrales, que ni siquiera han sabido unirse y concertarse en defensa de sus intereses comunes, desconocidos antes que nadie por Inglaterra. Si no es posible a la inmensa coalición sojuzgar a Alemania, no le es difícil, en cambio, dictar leyes económicas a los países neutrales, de modo que el comercio de los aliados suplante al de dichos neutrales. ¿Quién defenderá a éstos contra la Cuádruple alianza? No será Alemania, que bastante tendrá que hacer con ocuparse en sí misma. ¿Serán los mismos neutrales? A los Estados Unidos se les ganará, dejándoles entrar a participar de las ventajas, y quedarán a un lado España, Holanda, Suecia, Noruega, Suiza, Dinamarca, Grecia y acaso Rumanía, que muy bien pudieran trocarse en nuevas víctimas propiciatorias.

La cosa es clara, no admite atenuaciones. Inglaterra, con sus aliados, quiere apoderarse del comercio alemán. No lo conseguirá, mientras Alemania luce victoriosamente. Pero una vez formado el concierto económico, surgirá espontáneamente la idea de aprovecharlo para obtener las ventajas que se pueda: todas, supuesta Alemania vencida; algunas, si el gran Imperio resiste denodadamente, y estas ventajas parciales, con las que la Cuádruple restañara en parte sus heridas, se lograrán a expensas de los neutrales; en lugar de repartirse los beneficios del trabajo alemán, se repartirán los beneficios del trabajo de las naciones, que en uso de su indiscutible derecho y mirando a sus conveniencias, se han mantenido apartadas de la lucha. Es tan evidente el peligro, que sólo los entendimientos obcecados pueden dejar de advertirlo. Han desaparecido los ideales, que no eran más que humo, y al desvanecerse ha quedado bien visible el plato de lentejas.

Por oportuno que a Inglaterra le haya parecido el momento de poner al descubierto sus planes, se

ha anticipado a él. De hoy más, la opinión pensadora y los hombres de patriotismo consciente, se pondrán enfrente de los aliados; ¿cómo puede desearse el triunfo de una causa que comienza por desconocer los intereses y la vida de los demás pueblos?

Agradecemos a Inglaterra este paso prematuro, que nos deja más tiempo para prepararnos y que contribuirá a que se fije la posición de cada cual, con verdadero conocimiento de causa, el día en que se entablen las negociaciones de paz. Una de las partes, ni nos amenaza, ni nos conmina, ni se propone arrebatarlos nada; sólo desea tomar su parte libremente en la competencia del trabajo mundial y pacífico; el otro bando se erige en soberano, dueño y árbitro, y afirma que los intereses de los neutrales, y por de contado los del adversario, han de supeditarse a los suyos. Si en la próxima conferencia triunfa este criterio, sabremos a qué atenernos, sin engaño posible. Pero aunque triunfe, quedará mucho camino por recorrer para que los aliados puedan imponerse al resto del mundo; confiemos, sobre todo, en que la discordia estallará en su seno; al fin y al cabo, es lo que a la larga les convendría más, aunque por lo pronto padecieran su vanidad y orgullo nacionales. Una vez a las plantas de Inglaterra, quedarían uncidos para siempre al carro británico, sin otra esperanza que la de cambiar de director andando el tiempo.

II.—Un presupuesto colosal

De tal califica la prensa inglesa el presupuesto presentado al Parlamento por el ministro de Hacienda, mister Mc Kenna. Se evalúan los gastos totales, en el año 1.º de abril de 1916 a 31 de marzo de 1917, en 1,825.380.000 de libras, o sea 45,634 millones y medio de pesetas, y para cubrirlos sólo se cuenta con 457.125.000 de libras procedentes de contribuciones e impuestos, y 45.150.000 de libras, de otros ingresos, resultando un déficit, que habrá de enjugarse con empréstitos, bonos, billetes, etc., de 1,323.105.000 libras, equivalentes a 33.077.625.000 de pesetas.

Para llegar a la cifra de 457.125.000 libras de impuestos, ha sido necesario aumentar mucho los ya existentes y crear algunos nuevos. Los siguientes detalles darán idea de las nuevas cargas que van a imponerse al pueblo inglés. Las licencias de automóviles hasta 16 caballos, se duplican, y pasando de 16 caballos se triplican; sobre motocicletas, casi se triplican; azúcar, aumento de 5 céntimos por libra; cacao, aumento de 45 céntimos por libra; café, aumento de 30 céntimos por libra; el income-tax, aumenta, por término medio, en 50 por 100. Los nuevos impuestos alcanzan a todos los espectáculos públicos (teatros, cines, carreras de caballos y partidos de foot-ball), desde 3 céntimos a 1,25 pesetas; los billetes de ferrocarriles, 10 céntimos por cada 1,25 pesetas o fracción, en el interior del Reino, y de 2,5 a 5 pesetas en los viajes que comenzando en el interior terminen en el extranjero; 40 céntimos por 1.000, sobre todos los partidos—*matches*—domésticos o privados; 40 céntimos por galón de aguas minerales, preparadas con azúcar y fermentadas, 80 céntimos sobre las demás, y 40 céntimos sobre las sidras.

En general, los proyectos de mister Mc Kenna

no han sido mal recibidos; era de esperar, sabiendo que Inglaterra está dispuesta a toda clase de sacrificios—menos los de sangre—para ganar la guerra. Los impuestos más discutidos han sido los de espectáculos públicos y los de viajes, porque gravan proporcionalmente tanto o más a las clases pobres que a las adineradas. También encuentran oposición los impuestos sobre salarios y sueldos, bastante mayores que los vigentes hasta ahora. Con más o menos modificaciones, ninguna importante, los nuevos presupuestos serán aprobados y entrarán inmediatamente a regir.

Inglaterra comienza, con un retraso de veinte meses con respecto a los demás beligerantes, a conocer las cargas y molestias de la guerra. Ha sido un beneficio para ella el haberse mantenido tanto tiempo casi como mera espectadora, pero también encierra el inconveniente de que encuentra las espinas después de las innumerables seguridades que se la habían dado, cuando muchos creían que la guerra no les afectaría, y en unas circunstancias que no son las más a propósito para inspirar confianza. Contrasta la valentía del Gobierno británico en afrontar las cuestiones financieras y de otros órdenes, relacionadas con la guerra, con su timidez y vacilación ante el problema del servicio obligatorio, que cada día se encuentra en un estado más caótico, al que no se vislumbra una salida afortunada.

III.—El discurso del canciller juzgado por los aliados

El discurso del canciller alemán ha desconcertado completamente a los políticos de la *Entente*, abroquelados cómodamente en cuatro tópicos manidos, que han caído hechos trizas al ser examinados por Herr Bethmann Hollveg. La prensa inglesa y la francesa, tan hábiles y tan duchos en polémicas casuísticas y tan expertas en el manejo del sofisma, no saben qué replicar; se habían forjado una atmósfera ficticia en la que vivían muy a gusto y llegaron a creer que les rodeaba la realidad; desde lo alto de su pedestal, la omnipotente y omnisciente prensa de París y Londres, se mofaba de lo que pudieran decir los periodiquillos de Berlín y de Viena, de circulación escasa y perseguidos a bordo de los barcos que los llevaban, pero con el discurso del canciller no sucederá lo mismo: la elevada personalidad del orador y las circunstancias y el medio en que pronunció su discurso, son más que suficientes para que la oración parlamentaria llegue a todos lados y no haya nadie que quiera enterarse que deje de saber, de ahora para siempre, quién es Alemania y qué quiere, y quién es y qué se propone Inglaterra, con su dócil colaboradora Francia. Alemania desea reconstituir las nacionalidades y tener garantías que le protejan contra una nueva agresión; Inglaterra, y su acólito, persiguen la destrucción de Alemania y la creación de un concierto económico y aduanero, que supedita a los británicos los intereses comerciales y financieros de los germanos y de todos los neutrales. A pesar de ello, todavía hay quien niega la luz y prefiere el lirismo de cuatro ficciones y de media docena de desatinos encerrados en otras tantas frases altisonantes.

La prensa francesa, acordándose de que Bélgica

está muy cerca y de la injusticia que ella, la prensa francesa, está cometiendo con los polacos, de quienes no se ocupa y a los que no defiende, por temor de herir la susceptibilidad de la liberal (!) Rusia, apenas comenta el discurso del canciller. Unos cuantos vocablos, de ese género poco culto, al que nos tiene acostumbrados, un elogio a la bravura francesa, la convicción de que Alemania está al cabo de sus fuerzas y punto final. No le conviene entrar en polémicas ni comentar las palabras del canciller, porque si tal hiciera las daría a conocer y la opinión francesa podría llamarse a engaño; si se la mantiene en la ignorancia y en la obscuridad, será más fácil despeñarse por la pendiente.

La prensa inglesa, en general un poco más ecuanime y guardando mejor las formas, en esta ocasión ha perdido la serenidad. Pasa como sobre ascuas la cuestión de Bélgica y de las nacionalidades del Oeste de Rusia—que eran los puntos más importantes del discurso del canciller—y deriva sus disquisiciones hacia los Estados Unidos, los submarinos y los zepelines. Se ve cogida en la trampa y forcejea impotente y airada. Otras desazones más graves la aguardan, porque ahora los alemanes han aprendido ya el secreto de responder a la ficción con la verdad.

Alemania ha tendido el cable y sus adversarios lo rechazan. Proseguirá, pues, la guerra, pero el nuevo cable será más corto y mucho más duro. Veremos quienes serán los que habrán de arrepentirse de esa continuación absurda e inhumana de la lucha.

IV.—¿Impaciencia o impotencia?

En la Cámara francesa presentó el anterior ministro de la guerra, general Gallieni, un proyecto de ley rebajando las edades, aunque en términos insignificantes, para el servicio en activo de los coroneles y generales. Ello obedecía a un fuerte movimiento de opinión, que achacaba la paralización y el mal resultado de las operaciones, a que el mando del ejército era viejo. El diputado Mr. Maginot, que regresaba del frente, donde fué gravemente herido, tomó la palabra, calificó el proyecto de tímido e ineficaz, y la Cámara, arrastrada por la elocuencia del orador, rechazó el proyecto y pidió que el Gobierno presentara otro mucho más radical. El hecho en sí no tiene importancia, pero sí la encierra, y mucha, el tono general del discurso y los comentarios con que le acompaña la mayoría de la prensa francesa.

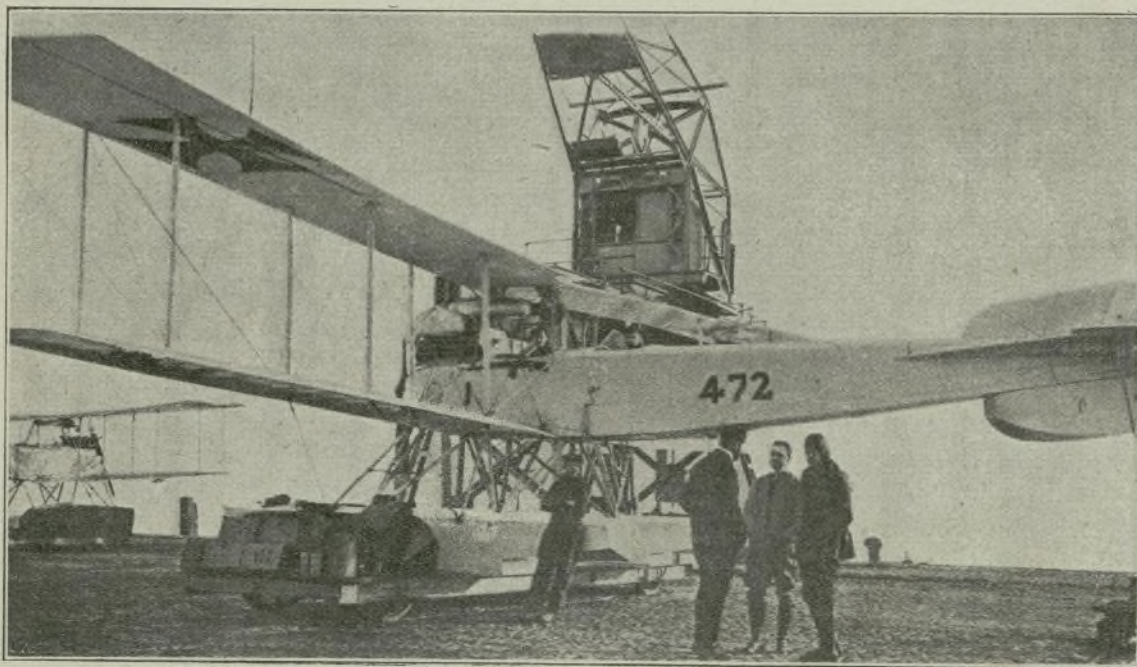
Se culpa al generalato de inacción, de temor a la responsabilidad, de no atreverse a arrostrar una actitud más enérgica, y al mismo tiempo se dice que no faltan, al contrario, en el ejército francés, elementos jóvenes capaces de llevar al ejército a la victoria. No es la vejez la más indicada para esos arrebatos y esas resoluciones viriles. Como se comprende, mucha palabrería, algunas alusiones a la época napoleónica, argumentos brillantes y en el fondo nada.

Pero lo interesante es que por vez primera resuenan en la Cámara francesa voces, que arrastran a la mayoría, reflejando el descontento por la lentitud y escaso resultado de las operaciones; el país da muestras de mal humor, porque a sus sacrificios no corresponden las ventajas; la impaciencia comienza a dar bien visibles señales; no es posible evitar el can-

sancio. En realidad, ¿es impaciencia lo que se refleja? Más propio sería decir que es impotencia. El enfermo busca nueva postura que le haga más soportables sus dolencias, y descarga su mal humor contra la situación actual; se le dijo que faltaban municiones, y las fabricó; se le insinuó que eran hombres lo que se necesitaba, y los dió con prodigalidad; se le pidió dinero, y lo entregó; Joffre, fué relegado prácticamente a segundo término; hubo danzas de generales; por fin ha puesto sus ojos en la juventud y de ella lo espera todo. No sabe a dónde acudir ni a qué remedio apelar. Y este de la juventud podría muy bien ser más decisivo de lo que conviniera, porque ciertamente la guerra terminaría pronto con jefes jóvenes y ardorosos, pero ¿con ventajas para quién? Buenos son estos síntomas, que indican que el país se va desengañando y no hace tanto caso como antes a las buenas palabras y a las frases declamatorias y rebuscadas; lo extraño es que haya tardado tantos meses en percatarse de su verdadera situación, que sin embargo aún no ve con

sonas ecuanímes e imparciales, que no faltan en ningún país.

Este fenómeno lo estamos presenciando desde el mismo día en que la guerra se hizo inevitable. Naciones que habían convivido estrechamente y que mantenían relaciones íntimas de todo género, se vieron de la noche a la mañana frente a frente; y de pronto se negó al enemigo, no ya los méritos y cualidades que pudiera tener, sino hasta la condición de pertenecer dignamente a la especie humana. Si esto fuera cierto, ¿qué pensar de quienes en los tiempos de la paz se aprovechaban de sus trabajos científicos, filosóficos y literarios, de quienes se vanagloriaban de aprender en un pueblo declarado luego bárbaro, de quienes imitaban al hoy adversario, de los que buscaban los progresos y adelantos más allá de las fronteras de su nación? ¿Es posible que de buenas a primeras un país culto y civilizado, no diremos que más o menos que los demás, sino uno de tantos, haya descendido a la condición de pueblo primitivo? Cabe admitir que en un grupo de beli-



Un hidroplano alemán montado en una plataforma, en la costa belga

claridad; será menester que algún otro fracaso le acabe de abrir los ojos y de los efectos deduzca las verdaderas causas.

F. LARÍN.

TRISTE LABOR

La guerra sin el apasionamiento, sin la exageración, no se concibe. Si los directores de los ejércitos y los hombres que tienen a su cargo los destinos de los países beligerantes, están obligados más que nunca a mostrarse serenos y reflexivos, para discutir con acierto y no dejarse llevar de impresiones, en compensación es necesario que las masas estén bajo la fiebre patriótica. De esto a atribuir al enemigo todas las malas cualidades y defectos no hay más que un paseo, y este paso se salva con facilidad y a veces contra el parecer y los consejos de las per-

gerantes, formado por el conglomerado más extraño y abigarrado, se halle todo lo digno, sublime y elevado de la humanidad y de la ciencia, y en el otro todo lo más abyecto y despreciable? ¿Cómo Europa pudo subsistir tanto tiempo en ese estado, sin que lo advirtiera nadie ni se diera cuenta del fenómeno?

Ello, sin embargo, entre ciertos límites, no es ya disculpable, sino hasta loable, en las naciones beligerantes: desde el momento en que estamos en guerra con otro, éste es el malo y nosotros los buenos; es el instinto de conservación aunado con las imposiciones del interés. Nada habría que observar en este concepto, si en el grupo de los llamados aliados no se hubiera rebasado de mucho la frontera de lo admisible. Con todo, las exageraciones—que si en los primeros meses encendían la indignación en las almas nobles y realmente neutrales—ahora sólo mueven a risa—se comprende—y surten desde luego los efectos que de ella se esperan, en Inglaterra, como

en Francia, Bélgica, Italia, Rusia y Serbia. La campaña de insidias y acusaciones no demostradas viene a ser una válvula de expansión, algo así como un desquite que tienen los no favorecidos por la suerte de las armas. No ganan victorias en el campo de batalla, y se contentan con ganarlas en las columnas de la prensa, injuriando y desprestigiando al adversario; claro es que cuanto más manchan el nombre y la buena reputación de éste, tanto más malparados quedan ellos, porque a nadie debe de gustarle ser vencido por quien vale menos y es inferior en todos conceptos. Pero este es un punto que sólo compete a los interesados: si con éste proceder se hacen favor y creen que ganan en estimación general, síganlo en hora buena.

Lo que no admite excusas ni atenuaciones es el empeño puesto en que los neutrales participen de la opinión de los beligerantes. No se dan cuenta los actores de la guerra del triste concepto que de ellos formamos al leer los alegatos y horrores a que se dedica la prensa beligerante. No tenemos motivos de ninguna clase para variar con rapidez fulminante el

tas se presentaron cuando algunos espíritus, que no queremos calificar, olvidando su condición de neutrales, y por consiguiente del respeto que debían de merecerles todos los beligerantes, se dedicaron a propalar y extender fuera del área de la guerra las mismas calumnias e iguales patrañas que los poseídos por un exaltado patriotismo. Perteneciendo a países neutrales, su actuación no se hacía sospechosa, eran conocidos de antiguo de sus lectores, tenían un público formado, y les fué fácil llevar la perturbación y la confusión a la mente de no pocos individuos. De entonces data la división en germanófilos y aliadófilos, que se ha ido agudizando sin cesar, con el triste resultado de dividir la opinión pública, que no debía de ser más que hispanófila, y que convenía que asentara sus opiniones en las conveniencias sagradas de su patria.

Desgraciadamente, no faltan escritores que ponen todo su esfuerzo y dedican todo su ingenio a desprestigiar y ofender a un determinado grupo de beligerantes. No habiendo pruebas en contrario ha de admitirse que obran así por convencimiento, pero



La bandera de un regimiento búlgaro, desfilando en una calle de una ciudad en Macedonia

juicio que nos merecían las diversas naciones de Europa. Viven a nuestro lado súbditos de todas ellas, con quienes nos relacionamos como antes, no hemos interrumpido nuestro contacto con ninguno de los dos grupos en lucha, y poseemos por nosotros mismos suficientes elementos de juicio, para necesitar, como si fuéramos analfabetos, el que pretendan imponernos los que se declaran superiores y más civilizados, sin que esta superioridad y civilización,—caso nuevo en la historia—les haya servido para obtener la victoria. Arreglen como puedan sus cuitas y dejen en paz a los neutrales, que sólo por su desasosonamiento y espíritu de caridad no responden a esas campañas del modo que ellas se merecen. Prevalece la compasión, y debiera de avergonzarles que su conducta nos inspirara ese sentimiento.

Durante algún tiempo, tanto la labor solapada como la manifiesta de la prensa y de los escritores extranjeros no tuvieron consecuencias dañosas. Es-

no estaría de más que se les preguntara qué ventajas para su país se reportarán de su labor. Convendría también que meditaran en los grandes daños que produce el uso indebido de la pluma; el desacuerdo interior, cuando se debe a motivos que no nos interesan ni importan, se extiende indefectiblemente a lo que nos atañe, y la división es motivo de debilidad ante el extranjero; si alguna vez conviene que formemos un haz apretado en que desaparezcan todas nuestras diferencias personales, es en las circunstancias actuales.

Dígasenos, y en ello no hay mal, que los franceses, por ejemplo, son ricos, figuran a la cabeza de la literatura, poseen un ingenio vivo y fértil, etc., pero absténgase el que tal sostenga de afirmar a continuación que los alemanes son bárbaros, salvajes, despiadados y otras lindezas, o que quieren tiranizar al mundo e imponerle el militarismo; quien tal dice sabe que no dice la verdad y le consta que envenena

el alma de sus lectores más incautos. Lo peor no es eso; formando así ficticiamente, con parcialidad malévol, un estado de opinión, dificultan o imposibilitan la labor de los gobernantes y las orientaciones que tal vez convenga tomar mañana en política internacional, y que no son ellos los llamados a definir, ni siquiera los capacitados para entenderla. De suerte, que de cualquier modo que se mire esta cuestión, ha de concluirse que no puede ser más grave y funesta la labor de los tales escritores, que han tomado a pechos defender a uno de los partidos difamando al otro.

Elogios, los admitiríamos sin atenuaciones, por exagerados que fueran, prodigaránse a quien se prodigarán; pero los ataques no, a menos que se exigiera la comprobación de las afirmaciones. ¡Qué manera de entender la delicada misión del escritor público, llevando la desunión y el odio a las masas precisamente cuando ellos mismos proclaman los espléndidos resultados de la unión espiritual que se ha forjado en las naciones beligerantes!

Por otra parte, está tan adelantada la guerra y se han popularizado hasta tal punto los hechos pasados, que sólo el más obstinado prejuicio puede dejarse llevar de esas campañas partidistas de la prensa; se han templado también los ánimos de los neutrales, el veneno ya no se infiltra más que en las clases más ínfimas e incultas, y hasta en los mismos beligerantes se advierten síntomas de cansancio en sus diatribas y se tiende poco a poco a volver a un sistema de expresión más equilibrado. En este concepto, no tienen ya razón de ser las virulencias que leemos a diario; es tarde para modificar la posición de los neutrales, se ha demostrado cuán estériles y vanos han sido los alegatos periodísticos y literarios, los lectores muestran a menudo su desagrado, falta atmósfera. En estas condiciones, los únicos resultados de escritos tendenciosos son dos: las almas nobles y los entendimientos cultos, se revuelven airados contra lo que les cuentan los que se arrojan el derecho, que nadie les ha concedido, de dirigir a la opinión, el espíritu innato de justicia que el hombre lleva en sí les mueve a protestar de lo que se les dice, y en su fuero interno vituperan al escritor que en tan poca estima tiene a sus lectores; y los humildes e ignorantes se dejan ganar por esas campañas y nacen en ellos sentimientos, que en modo alguno les favorecerán el día que se restablezca la paz. Consecuencia: el país se divide en dos bandos. ¿Es eso lo que se deseaba conseguir?

¡Cuán deseable sería que todos pusieran tiento en sus plumas, y que sólo reflejaran con ellas el respeto y la consideración que por igual debemos a quienes están enzarzados en la más espantosa guerra que han presenciado los siglos! Es lo menos que debe pedírseles, ya que por las trazas no tienen vocación o condiciones para cultivar la nota histórica, que es la más provechosa y necesaria a la Patria.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Un final inesperado

—¡Qué callada tenía V. la nueva exportación a que se dedican los ingleses, señor B!

(El señor B).—No diga V. más; hoy rompe V. el fuego desde luego, sin previo aviso; prefiero esto que los ataques por carambola. ¿Qué linaje de exportación es ese, don Subrio?

—El de los cuáqueros extranjeros, a los que no se da el mismo trato que a los nacionales.

(El señor B).—Si no se expresa V. con más claridad, es inútil que prosiga.

—Siempre le gustan a V. las cosas bien mascaditas; así luce V. esos envidiables colores sonrosados en el rostro. Pues es el caso, que a raíz de la emigración de los belgas a Inglaterra, huyendo de la invasión alemana, los buenos britanos se compadecieron del triste estado de ánimo de los pobres inmigrantes, a quienes el canal de la Mancha les impedía empuñar un fusil y correr a la pelea, y se dieron buena maña en reclutarlos, alistarlos, instruirlos y transportarlos al continente, para darles gusto, es natural. Ahora ha llegado la segunda parte. A los súbditos de los países alistados que se encuentran en edad de servir en el ejército, se les ha prohibido estudiar en Inglaterra y ocuparse en una porción de labores; no se les expulsa, pero casi no les queda otro recurso que perecer bombardeados por algún piadoso zepelín.

(El señor B).—Medida de sana política y de admirable previsión, a la vez que de sincero respeto y amistad a los países aliados. ¡No faltaba más! ¡Bueno estaría que Inglaterra acogiera a los prófugos rusos, franceses, etc., fomentando indirectamente la deserción!

—¿Por qué no hace lo mismo con sus conciudadanos? ¿Es que hay dos géneros de derecho, uno para los ingleses y otro para los no ingleses? ¿Cree V. que Inglaterra va a pedir que hagan lo mismo los Gobiernos aliados? Yo, lo único que sé es que ha declarado exceptuados del servicio a los hombres válidos que estaban en el extranjero. Para que encima se hagan lenguas ciertos espíritus de la portentosa ayuda y del supremo esfuerzo que está realizando Inglaterra, preparándose para la próxima guerra. En tiempos de Herodes los inocentes contaban menos de cinco años, ahora, no diré que peinan canas, porque les han quitado el cabello, pero sí que...

(El señor A).—Esta alusión ¿va dirigida contra mí, don Subrio?

—¡No sea V. quisquilloso, señor A, que ya he leído que vuelven ustedes a *progresar*, gracias a los tiros de *detención*. ¿Qué clase de tiros son los tales? ¿Llevan algún letrero las granadas, que explique cuál es su objeto? ¡Lo satisfecho que se debe quedar el *bourgeois* al leer esas palabrejas que inventan ustedes todos los días! ¡Cuánta ciencia hay en el magín de los que confeccionan, en el Gabinete cómodo y amplio, por supuesto, ciertos partes! Sólo me ocurre una duda: si hay tiros de *detención* ¿por qué no inventar también ejércitos de *detención*? A los rusos se les achacó la invención de los ejércitos de las retiradas estratégicas; los ingleses han descubierto el medio de no dejarse engañar por el enemigo, que

desea le ataquen los británicos, ¡si será tonto!

(El señor B).—Gira V., da vueltas, e indefectiblemente apunta a Inglaterra; si yo tuviera otras ideas, me parece que la cosa llegaría a hacerme gracia.

—Pero no a mí; los ingleses son muy prácticos, pero a gracia no les gana nadie a los franceses; ¿no vió la caricatura que insertaba el otro día cierto *espiritual* periódico francés? El Kaiser, vestido de ogro o sea con capotón de campaña alemán, limpiaba de sangre un largo puñal, con el que había dado muerte a varios niños inocentes, acostaditos en una cama, y se congratulaba de que así disminuía el número de sus futuros enemigos. La cosa no puede ser más delicada ni más fina.

(El señor B).—Exageraciones provocadas por la excitación de la guerra.

—No las he encontrado nunca, de este calibre en la presa alemana, ni, siento tener que halagar a V., pero lo reconozco, ni tampoco en la inglesa.

(El señor A).—Hay que perdonar al invadido la saña con que combate al invasor.

—Esta saña es en el frente donde ha de verse, y no a tantos francos el dibujo. Y no me ponga V. en el disparadero, señor A., buscando disculpas a lo que no las tiene, porque tengo muy presente aquel otro dibujo en que aparecían unos oficiales, y algo más, de cierto país que yo me sé, rematando a víctimas indefensas. A ello no se atrevían los *espirituales* con Alemania, y ¡si se atreven ahora es porque tienen delante muchos centenares de miles de bayonetas que les protegen. Es dolorosísimo, señor A., créalo V., que esos *ingeniosos dibujantes y escritores* atraigan hacia su país el desprecio de las personas imparciales, y sean compatriotas de los hombres que calladamente mueren en las trincheras.

(El señor B).—Ha comenzado V. riendo y termina V. patéticamente. Pasemos una esponja y sepamos qué es lo que le hace a V. gracia.

—Los fracasos de los alemanes. Cada día que transcurre se comprimen más los defensores de Verdun, y sin embargo la prensa jalea a coro el fracaso de los alemanes. ¡Si Napoleón viviera...! ¡Les faltará aire para respirar y todavía hablarán de la victoria final!

(El señor A).—Malancourt, Hancourt y otras pequeñeces ¿qué significan?

—¿Podría V decirme, señor A, si en Verdun ha habido algún terremoto?

(El señor A).—Los alemanes quisieran serlo, pero se quedan con las ganas.

—V. juzgará, señor B. Todas las posiciones que van cayendo en manos de los alemanes resulta que están en el fondo de un embudo; ocho días antes eran robustísimas e invulnerables; después, no son más que pozos cedidos para engañar y diezmar más fácilmente al vencedor. Así da gusto ganar batallas.

(El señor A).—Mire V. un plano y se convencerá de la verdad.

—¡Tan convencido como estoy! Luego ¿ha reparado V. en la palabreja técnica que se prodiga? Se forjan en la fantasía montones inmensos de cadáveres alemanes, se citan tres o cuatro veces las proezas de «nuestros 75», se abre un metro de boca ante la bravura francesa, y cuando al *bourgeois*, así preparado, no le toca la camisa al cuerpo, le sueltan la noticia de que los alemanes han puesto pie en tal o cual

parte. Es una forma pudorosa como otra cualquiera, pero que no cura las heridas.

(El señor A).—¡Dale con los franceses! ¿No sabe V. hablar de otra cosa, don Subrio?

—Estoy alabando su ingenio, señor A. Por ahora no puedo alabar sus victorias, y no tengo yo la culpa de que no las ganen; los alemanes tampoco, porque bien cerca de ellos se ponen; ya ve V., desde el momento en que los franceses les dejan poner pie, es que están al alcance del mismo pie; tal vez procuren alejarse a honesta distancia.

(El señor A).—V. no se lo propone, ya lo sé, pero me está V. ofendiendo.

—¿Y aquellos dibujos de que antes hablábamos, no? ¡Qué sensibilidad más rara!

(El señor B).—Tómela V. conmigo, don Subrio, que ya sabe V. que yo no me enfado.

—Así es; sería descortés, por mi parte ponerme a mirar hacia las islas. ¿Qué me dice V. de Annunzio? ¿Sabe V. que lo han sumido en las tinieblas a él, cerebro de donde irradia la luz? ¡Lo que somos, señor B! Tan esclarecido poeta y no saber saltar de un aeroplano. Sus proclamas volaban mejor que él. ¿Qué harán los habitantes de Trieste, acostumbrados como estaban a las soflamas del poeta? Los romanos han encontrado nuevo entretenimiento, con los personajes de exportación que han dado en ir por allá.

(El señor B).—¡Qué bien les debe saber el sol de Italia a los ingleses!

—No hable V. de sol, ni delire V., señor B. ¿Acaso no lee V. todos los días que no cesa de llover y de nevar y de salirse de madre los ríos en Italia, o, por menos en el N. E. de Italia? Así se comprende que los bersaglieri no acaben de llegar a Viena. Me gustaría ver la cara de los rusos, cuando los italianos se soplan los dedos de frío y se ponen el impermeable para protegerse contra la lluvia!

(El señor B).—Con todo, los italianos van a extender el campo de su acción.

—Sí, lo sé; Alemania está que tiembla desde que sabe que los italianos acaso se decidan a declararles la guerra. Podía con los rusos, ingleses y franceses; pero con los italianos, ¡Dios mío, qué desgraciada es Alemania! Creo que el Kaiser ha enviado un mensaje a Atila, de quien tan buen recuerdo tienen los romanos.

(El señor B).—¿No se reducirá todo a una incautación de barcos, estilo portugués?

—¡Bonitos son los italianos para quedarse a medio camino! Recuerde V. que en Abisinia lo recorrieron completo, el de vuelta, naturalmente; que en Libia lo han andado dos veces, hasta regresar a la costa, que han navegado muy bien desde Durazzo a la península, y que en el Isonzo pronto decidirán, después de once meses de pensarlo, qué día empezarán el avance. Con estos antecedentes, Alemania es digna de lástima y compasión; hasta el apetito ha perdido.

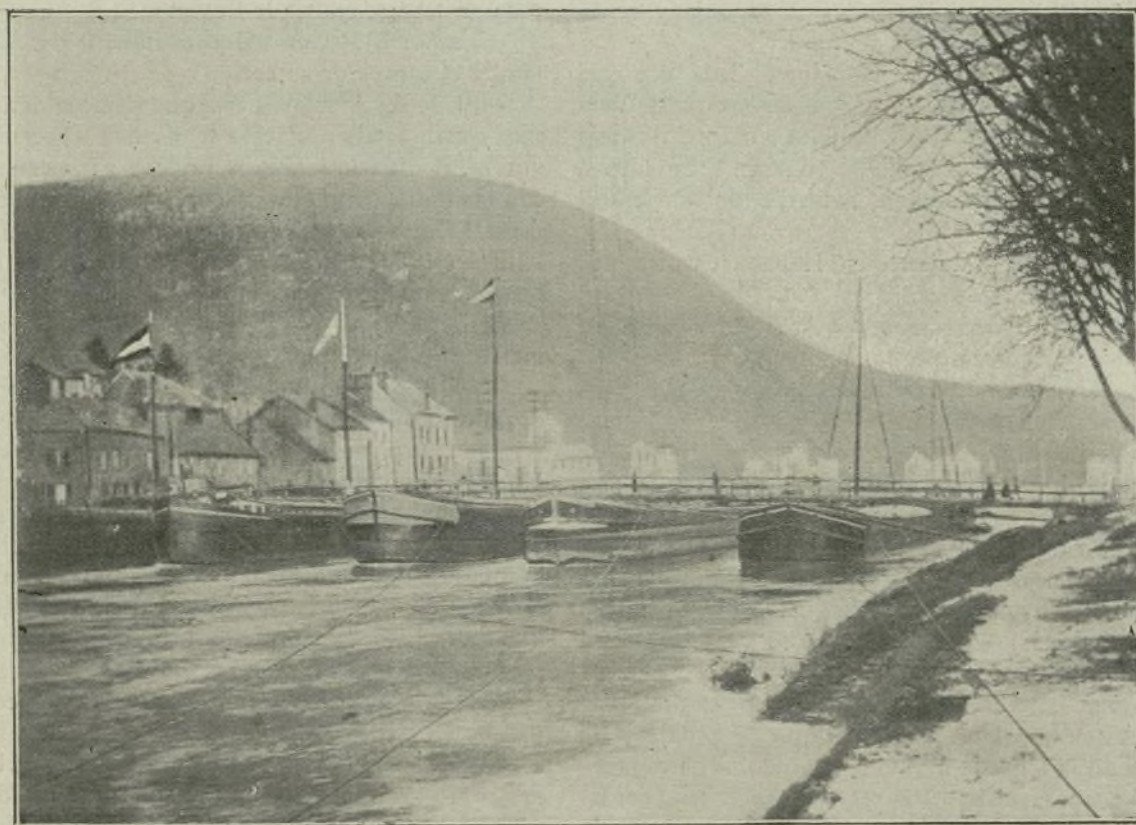
(El señor B).—Sin embargo, los aliados confían mucho en Italia para el triunfo final.

—El final es lo más doloroso; desde que el Kaiser ha sabido los pinitos de los italianos, no cesa de llorar a moco tendido, y exclama, suspirando: ¡Por todas partes iremos a Roma!

SUBRIO ESCÁPULA



Cañón ruso atascado en la nieve



Puente de barcas construido en 24 horas por los alemanes, sobre el Mosa, en Mouzon



Prisioneros kirguises de un regimiento siberiano



Oficiales rumanos en uno de los pueblos de la frontera de Besarabia

NUEVO CASCO ALEMÁN

A los yelmos o cascos de acero empleados por los franceses e ingleses, han opuesto recientemente los alemanes un semicasco, del mismo metal, bastante más eficaz. Tiene un centímetro de espesor y pesa algo más de 5 kilogramos. Su forma general es la misma que la de los cascos del siglo XIII, sólo que en el lado derecho se le ha practicado una fuerte escotadura para que el soldado pueda apuntar bien el fusil. Dos pequeños orificios, de 1.75 centímetros de largo por 1.8 milímetros de ancho, sirven para ver lo suficiente y hacer uso de las armas. Se sujeta el semicasco con cintas a la parte posterior de la cabeza.



De los ensayos practicados resulta que han sido tan bien estudiadas las superficies curvas de la máscara de acero, que las balas de fusil y ametralladora, disparadas a pequeña distancia, resbalan sin penetrar en la máscara. Se cree que el nuevo casco está reservado a los escuchas, apostados en los puestos avanzados delante de las trincheras, y a los zapadores encargados de abrir brecha en las alambradas enemigas. Algunos ejemplares de este casco han sido encontrados recientemente por los franceses en una trinchera alemana, junto a Chaulnes.

LOS DEBERES DEL OFICIAL

El *Times* ha publicado un discurso, dirigido por un oficial experimentado, a los alumnos de una escuela para oficiales, establecida en un lugar, que no nombra, de Francia. Sus más salientes párrafos, de notorio buen sentido y grande oportunidad, merecen ser conocidos.

Debéis comprender que, por excelentes y hábiles que sean las aptitudes, las batallas se han de ganar *combatiendo*; el heroísmo, la destreza y la firmeza de los oficiales más jóvenes tienen los más extraordinarios resultados. Sois responsables de la buena dirección de la tropa en el combate; de su seguridad, en lo que cabe, al procurar la victoria; de su salud, de su bienestar, de su buena conducta y disciplina; y también de mantener el honor de Inglaterra, haciendo cuanto pueda redundar en beneficio de la seguridad de Inglaterra y de nuestras mujeres y niños, que

tenemos detrás. Para todo esto, es necesario que tengáis *conocimientos y carácter*.

En lo que toca a los *conocimientos* acordáos de dos cosas: los conocimientos no son un don del cielo, sino resultado del estudio, del trabajo perseverante y del entendimiento; y son de absoluta necesidad al oficial. En ellos ha de fundarse el carácter, porque sin poseerlos no es posible tener confianza en sí mismo. Los conocimientos son la primera necesidad para que el mando sea capaz. La tropa debe de tener confianza en su oficial; comprender que no sólo sabe su cometido, sino que dará ejemplo de valor, de abnegación y de alegría.

En cuanto al carácter, es el fundamento de la disciplina. Los hombres sólo pueden ser bien mandados por *hombres*. Las tropas mandadas por *viejas* no resisten las pruebas de la batalla. Las *viejas* no son únicamente quienes llevan faldas, ni tampoco personas de edad avanzada. Yo he visto *viejas* con pantalones, de edades comprendidas entre 20 y 50 años. Podéis serlo todo, menos *viejas*.

La idea de la disciplina y el mantenimiento de la disciplina figuran entre vuestros más importantes deberes. Vuestras órdenes y las de los sargentos y cabos han de ser siempre obedecidas sin vacilación, con energía y satisfacción. No permitáis la más leve falta al deber, por trivial que parezca. Sed duros con la cobardía, la desobediencia, el desaseo. No toleréis las majaderías ni la falta de policía. Insistid en el mayor aseo, actividad, rapidez y buen humor.

No quiere decir esto que los hombres sean tratados como perros; nada de esto. No es necesario castigar ni condenar cada vez que se sabe que las cosas no van bien. En ocasiones, una palabra de aliento, la paciencia con que se oye una explicación, o una sonrisa al señalar la falta, dan buen resultado. Recordad que aunque nosotros seamos oficiales y la tropa soldados, *todos somos camaradas* en los peligros y en la guerra; haced de modo que los soldados comprendan este compañerismo y le amen.

Hay que tener mucho cuidado en conseguir el buen aspecto, las buenas formas y la alegría en la observancia de todos los honores y saludos. Únicamente en la compañía o batallón que dé valor a estos detalles se observa una buena disciplina. Sin disciplina, no hay unidad que soporte una hora el peli-gro.

La compañía o el batallón es el mejor espejo de sus oficiales. Allí veréis la imagen de los oficiales, os veréis a vosotros mismos. Cuando veáis una compañía en marcha, sin marcialidad, lenta, sucia, descompuesta, con media docena de aspeados detrás y los oficiales y clases sin parecer advertirlo, podéis afirmar que los oficiales son malos y que no hay energía ni disciplina. Por el contrario, si una compañía marcha con las filas apretadas, los hombres con la cabeza levantada—por más cubiertos que estén del fango de las trincheras—y rápidos y resueltos en sus movimientos al saludar, es que la compañía posee buenos oficiales y está bien disciplinada. Esta disciplina os recompensará mil veces a vosotros y a vuestros soldados, cuando entréis en combate, sea en la trinchera o en un gran ataque.

No dejéis enfriar vuestra energía ni la de la tropa, y mantened vivo el espíritu ofensivo. *No habéis de dejar de pensar un momento. ¿Cómo se haría la*

trinchera (o la posición que ocupéis) más segura o más cómoda? ¿Cómo se podría atacar al enemigo? ¿Cómo infligirle algún golpe o causarle algún daño?

En cuanto el pensamiento haya brotado en vuestro cerebro, ponedlo en obra. Así conservaréis el espíritu de energía y ofensiva, que son tan importantísimos.

La energía nace del pensamiento; el pensar es uno de vuestros grandes deberes.

Hablad a menudo a vuestros soldados del valor, honor, patriotismo y espíritu de sacrificio, y dadles lecturas sobre estos temas. De este modo, quedaréis siempre en buen lugar, y lo que es mucho más importante, quedarán en buen lugar Inglaterra y el Imperio.

CRÓNICA MILITAR

I. La guerra de ayer, la de hoy y la de mañana.—II. ¿Por dónde comenzará la ofensiva germana en el frente oriental?—III. Errores cometidos en la campaña en Mesopotamia.—IV. Las operaciones en Mesopotamia, hasta fin de septiembre de 1915.—V. La superioridad de la artillería alemana.—VI. ¿Continuará el ataque a Verdun?—VII. La situación el 18 de abril

I.—La guerra de ayer, la de hoy y la de mañana

Cuando la guerra se hace sistemática y degenera en oficio, no hay quien deje de aprenderla ni ejecutarla de un modo satisfactorio. Las campañas se eternizan, faltan los golpes decisivos, asoma la rutina, se pone en los medios materiales la confianza que debiera tenerse en el entendimiento y el corazón. Sin darnos apenas cuenta, nos encontramos ahora en este caso, que recuerda el de las interminables campañas de los siglos XVI a XVIII. ¿Quién, en presencia de lo que acontece en Francia y Rusia, no recordará sin asombro la invasión de Bélgica y Francia y las admirables maniobras de Hindenburg? No las naciones aliadas, sino los Imperios centrales, son las causantes de ese estado de cosas.

Al avanzar hacia el N., henchidos de entusiasmo y creyendo en la inmediata victoria, los franco-ingleses se quedaron atónitos ante unas líneas, apenas visibles y que parecían leves, que desafiaron todos sus ataques y los rechazaron: las del Aisne. A ellas recurrieron, con pleno éxito, los alemanes, para compensar la inferioridad de sus fuerzas. En el Aisne, los aliados, poco prácticos en la organización de posiciones, padecieron tremendas pérdidas; no concebían cómo el enemigo podía romper el empuje del ataque; durante quince días pugnaron en vano, hasta resultar exhaustos de fuerzas. La lección fué terrible, pero también provechosa, como no podía menos de suceder; ingleses y franceses aprendieron a atrincherarse; ante las líneas alemanas surgieron otras igualmente potentes y sólidas. Lo que detuvo primero a los aliados, sirvió luego para detener a los alemanes; quedó allí enterrada la gran guerra, y apareció esa otra en que la capacidad del mando apenas interviene más que para graduar el empleo de las reservas. Sucesivamente, austriacos, rusos e italianos siguieron las huellas de los maestros; se hubiera dicho que todos disputaban por adelantarse a los demás en dar muerte al arte militar; por si aún fuera poco, atacantes y atacados, se preocuparon más de ahorrar vidas que de la victoria, olvidando que la victoria, por cara que cueste, es el único medio humano que se conoce de economizar sangre. Tanto se ha hablado de que la decisión de la guerra era obra del tiempo y sólo del tiempo, que ha llega-

do hasta los generales la obsesión de esta idea. Este hecho, que favorece a los que propalaron aquel tópico, redunda necesariamente en perjuicio de los Estados de mejor potencia militar.

Por este camino se va a la neutralización de esfuerzos, a la indecisión; si fuera posible acabar con las guerras y con los grandes armamentos permanentes, con la actual tendrían mucho adelantado los pacifistas para que triunfasen sus ideas. No será así, sin embargo, ni la conclusión que en realidad se deduce de los hechos es esa.

Si el país peor preparado pondrá en lo sucesivo su esperanza en la guerra de posiciones, el mejor prevenido o más fuerte hará lo indecible por evitarla, y lo conseguirá con sólo imprimir un carácter fulminante a sus primeras operaciones, para derrotar al enemigo y destruirlo antes de que organice su defensa. De aquí que las grandes naciones militares hayan de tender en lo porvenir a apresurar todavía más su concentración y despliegue estratégico, a iniciar las operaciones con una parte de sus fuerzas, sin esperar la entrada en línea de todas, para abrir una brecha siquiera que permita más adelante la maniobra.

Al más débil, a su vez, le será imposible tener preparado y ultimado desde el tiempo de paz el frente defensivo que cubra su frontera o el interior del país; pero sí le convendrá disponer de algunos núcleos defensivos que sean la base de las organizaciones a que tendrá que recurrir así que se declare la guerra, y en tal concepto, comprobada ha quedado la utilidad de las plazas fuertes, establecidas según otros principios que los hasta ahora observados, de ellas tendrá que valerle. Resultará, pues, la defensa permanente más necesaria en lo sucesivo, como base de la general a que se acudirá cuando ya el enemigo se mueva hacia la frontera.

Estas conclusiones ¿difieren en algo de lo conocido? No hacen más que confirmarlo, repitiéndose desde los tiempos más remotos la misma y eterna lección: el fuerte busca en el despliegue de sus fuerzas y en la utilización de sus mayores elementos, esto es, en la maniobra, el éxito; el débil se ampara en el terreno y se protege en reparos artificiales, que le guarden sus energías tanto como desgastan las del adversario.

En la guerra actual, los diversos beligerantes se

han puesto en el caso del más débil, unos por convicción y otros por necesidad circunstancial; apenas adoptado este partido, la guerra se ha estacionado y mostrado indecisa. ¿No dice esto nada a los cuarteles generales? Muy extraño sería que llegásemos a la paz sin que los diversos beligerantes reaccionaran antes y demostraran que la guerra sigue siendo el medio de obtener la victoria militar, y no un mero expediente dilatorio para alcanzarla por otros caminos, que nunca han conducido a resultados decisivos. El teatro ruso es el más adecuado para romper esos moldes que asfixian al arte militar, pero una enérgica voluntad no se detendrá tampoco ante las dificultades que presentan los otros frentes; hay que ver si existe esa voluntad y en cuál de los dos campos se halla. Antes de que empiece el verano habrá de vislumbrarse si subsiste o no el propósito de acabar la guerra por la fuerza.

II.—¿Por dónde comenzará la ofensiva germana en el frente oriental?

No es de creer que la dirección de la ofensiva principal contra los rusos sea la del centro. Razones topográficas, políticas y militares abonan contra ella. La Polisia es importante, más que nada, porque protege los flancos de los grupos de ejércitos germanos del N. y S., permitiéndoles una libertad de acción que de otro modo no tendrían; es decir, que la región del Pripiet es más interesante para los austro-alemanes desde el punto de vista defensivo que desde el ofensivo.

Las dos alas tienen ante sí objetivos, aparte del esencialmente militar, lo bastante interesantes para moverlas a un avance resuelto, por costoso que sea. El grupo del N., puede proponerse como objetivo Petrogrado, cuya toma tendría las más graves consecuencias políticas. Una penetración hacia Moskú es poco probable. Pero la marcha hacia el N. requiere la cooperación de la marina, que no dejaría de padecer alguna pérdida.

El golfo de Riga es un punto de apoyo invulnerable de la izquierda rusa, mientras los barcos del Czar dominan en aquel golfo; la entrada en el mismo está barreada por varias líneas de torpedos fondeados y vigilada activamente por una escuadrilla de unidades ligeras, apoyada por barcos de combate. En el pasado otoño, los alemanes consiguieron abrirse paso a través de estos obstáculos, pero de los contra-torpederos que iban en cabeza uno fué echado a pique por la explosión de una mina, y el otro, falto de apoyo inmediato, porque la estrechez del canal dragado no permitía el despliegue de los barcos alemanes, tuvo que retroceder. Mientras la escuadra rusa domine el golfo, el flanco del ejército de tierra no tendrá nada que temer, y aunque fuera derrotado, la marcha de los alemanes hacia Petrogrado, teniendo su flanco izquierdo descubierto, sería una operación difícil y expuesta; mucho más si se internaban directamente hacia el E., entre las masas rusas del N. y del centro. Si suponemos por un momento destruida la escuadra rusa, o por lo menos obligada a replegarse en el interior del golfo de Finlandia, el avance alemán sobre Petrogrado sería de trascendencia inmensa: no sólo se ocuparía la capital política del Estado, la ciudad donde se

cobijan los organismos directores e impulsores de la resistencia, sino que se habría cortado la comunicación marítima de Rusia y el perjuicio económico se decuplicaría. Vale, pues, la pena de pensar en las probabilidades que ofrecería una empresa de esta índole. Pero, para que tuviera éxito, lo primero que se impone es la destrucción o la derrota de la escuadra rusa.

¿Entrará la alemana en el golfo de Riga? No lo considero probable. Basta que algunas unidades ligeras, exponiéndose a irse a pique, draguen un paso suficientemente ancho, a través de las redes de torpedos, cadenas, etc., que defienden las entradas del golfo, para que los submarinos y torpederos alemanes intenten la empresa de destrucción. Ella irá sin duda acompañada o precedida por la acción de artillería de los mayores calibres, montada en la costa, con la que los alemanes rompan el fuego contra los barcos rusos y les obliguen a salir a alta mar, donde es más fácil que caigan bajo la acción de submarinos y torpederos. Mientras no se adviertan indicios de esta acción naval, no parecerá inmediata una ofensiva de grandes vuelos en la línea Riga-Dvinsk. Claro está que podrían los alemanes romper el frente ruso en Dvinsk, Jakobstadt o en otro punto, y moviéndose hacia el N. E. dominar todo el litoral, con lo que obligarían a los barcos rusos a salir del golfo de Riga; pero, esta maniobra sería tan difícil como lenta y expuesta, y los alemanes, si consiguen un triunfo inicial no dejarán de moverse con la mayor rapidez posible, como han hecho siempre, para explotarlo hasta en sus más insignificantes consecuencias.

La situación en el S. se presenta, en el concepto militar, más clara. Están mejor situados los austro-alemanes para una acción concertada de las alas, desde Czartorisk a Chotin, y la maniobra estratégica sería posible inmediatamente después de roto en un punto el frente enemigo. En el S. hay más diversas y variadas nacionalidades que en el N. y los sentimientos genuinamente rusos están más debilitados que en otros lugares del Imperio, y al mismo tiempo la derrota de los rusos tal vez moviera a Rumanía a intervenir en la guerra. En el concepto de las subsistencias, para la vida interior de Rusia, las regiones meridionales son un objetivo a todas luces más valioso que las del Norte. Estas consideraciones no son circunstanciales, sino permanentes y se conocen hace muchos meses; a pesar de ello, los austro-alemanes han descuidado siempre este teatro, relegándolo a segundo término con respecto al septentrional, mientras que los rusos han tenido constantemente agrupado allí un fortísimo ejército, y, aun en aquel período crítico de las derrotas del verano de 1915, el alto mando atendió solícitamente las demandas del general Ivanov y no dejó de enviarle refuerzos y material. Rusia se da perfecta cuenta de los peligros que sobrevendrían al Imperio si los germanos llegasen a Kiev, y no perdona medio de evitarlos.

Hay que tener presente también otro orden de razones. El grupo de ejércitos del N. lo manda el mariscal von Hindenburg, caudillo de gran renombre y que parece llamado a dirigir la próxima gran ofensiva; gozaría de la ventaja de ser sus tropas más homogéneas, por pertenecer a una sola nacio-

nalidad. En compensación, como los objetivos en el N. sólo pueden interesar directamente a Alemania, el concurso de Austria tendría que ser secundario, y recaería exclusivamente sobre Alemania la carga, realmente abrumadora, de decidir la guerra en los dos frentes, contra los dos enemigos más fuertes, Francia y Rusia. En el S., está más interesada Austria que Alemania, y tampoco Bulgaria puede mostrarse indiferente, de suerte que la cooperación de los aliados imperiales sería más fuerte y eficaz. El mando del grupo de ejércitos del S. lo tiene el archiduque Federico.

Rusia es la única nación de Europa que puede permitirse el abandono de provincias y provincias al enemigo y la retirada de los ejércitos derrotados, sin declararse definitivamente vencida; lo que ha hecho Rusia, no lo podrían hacer ni Francia ni Italia. Y como apelando a la retirada es punto menos que imposible apresar a todo el ejército ruso, porque siempre le quedaría el recurso del retroceso en desorden, de la huida, si se quiere, pudiera ocurrir que Italia pasara pronto a ocupar el primer plano en la atención pública. No es esto un vaticinio, ni mucho menos, sino un mero índice de lo que puede



El general Joffre, revistando un regimiento

Se ve que la situación es bastante oscura, y que antes de resolverse por un plan determinado han de meditar mucho los cuarteles generales de los Imperios centrales, y estar perfectamente compenetrados con los hombres que dirigen la política internacional.

Pudiera ocurrir que las dificultades nacidas de puntos de vista tan diversos y aun opuestos, impusieran una solución inesperada: proseguir a la expectativa en Rusia, esperando que este Imperio se cansara de la lucha, y dirigir los golpes en el S., los alemanes, con los búlgaros, contra Salónica, y los austriacos contra Italia y el S. de Albania.

ocurrir antes de que comience el verano. Todo ello, sin embargo, se supeditará al resultado de las batallas de Verdun y de los combates que sean sus inmediatas consecuencias.

III.—Errores cometidos en la campaña en Mesopotamia

El Gobierno británico no ha sido de los más parcios en dar noticias de las operaciones de sus ejércitos, aunque gran parte de la prensa inglesa le combate por la reserva, que califica de exagerada y contraproducente, que guarda. Únicamente la cam-

paña de Mesopotamia y los acontecimientos de Egipto han sido dejados en la obscuridad, finalmente rota cuando la cuestión se ha tratado, en los pasados días, en el Parlamento.

La situación del general Townshend, sitiado en Kut-el-Amara desde primeros de diciembre, o sea hace más de cuatro meses, tiene que ser necesariamente angustiosa, y parece extraño que las tentativas efectuadas para socorrerle hayan fracasado, sobre todo la primera, emprendida cuando las fuerzas turcas en el Irak eran insignificantes. No es raro, por consiguiente, que la opinión inglesa se haya preocupado de averiguar quiénes son los responsables de la torpe dirección dada a la campaña. La respuesta del Gobierno no ha sido completamente explícita, pero sí lo bastante clara para que se hayan desvanecido las dudas.

Hasta fecha reciente, las operaciones en Mesopotamia eran dirigidas por el virrey de la India, con completa independencia del Ministerio de la Guerra y del Gran Estado Mayor de Londres. Funcionaban dos mandos y dos iniciativas; los resultados a la vista están. Las autoridades de la India creyeron que un golpe rápido en dirección a Bagdad cogería desprevenidos a los turcos, y enviaron al general Townshend, al frente de una división, con la misión de apoderarse de la capital de Mesopotamia. El general Townshend observó repetidamente que sus fuerzas eran insuficientes para internarse tanto en el territorio enemigo, pero tuvo que inclinarse ante el mandato formal. Sin duda, el éxito obtenido en la toma de Basrah y de las posiciones del bajo Tigris contribuyó a que los generales de la India formaran un concepto equivocado de la situación. El desastre no tardó en sobrevenir, en Ctesiphon, y en seguida el sitio de los restos de la división derrotada, que hubo de detenerse en Kut-el-Amara por no hallarse en estado de prolongar más su retirada. El simple hecho de funcionar dos mandos, y de substraer operaciones tan importantes como las de Mesopotamia a la dirección general de la guerra, explica el fracaso de la expedición, que podía muy bien haber terminado de un modo más trágico todavía.

Lo sucedido confirma lo poco preparada que Inglaterra estaba para una gran guerra, y su tendencia a considerar las operaciones de la presente como meras campañas coloniales, únicas en las que estaba práctica. La unidad de dirección tan recomendada para el conjunto de los aliados, ha tardado Inglaterra año y medio para establecerla. Después de esto, no es de extrañar que la superioridad de sus fuerzas le haya sido de tan poca utilidad.

IV.—Las operaciones en Mesopotamia hasta fin de septiembre de 1915

El Gobierno inglés ha entregado a la publicidad, el 4 de abril, el parte fechado en 1.º de enero por el general Nixon, sobre las operaciones en Mesopotamia desde mediados de abril a fin de septiembre de 1915.

Catorce batallones turcos, apoyados por algunos millares de indígenas irregulares, cubrían la región de Chatt-el-Arab (Eufrates y Tigris reunidos), y contra ellos operaron dos divisiones inglesas. La mandada por el general Gorringe dispersó a las

fuerzas enemigas que se mantenían en la región fronteriza de Persia y dentro de este país, mientras que el general Nixon limpiaba de adversarios el sector Basra, al S. O. de Chatt-el-Arab, mal defendido por los turcos. El general Gorringe, partiendo de la frontera persa, avanzó sobre Amará, en el Tigris, y aprovechando este movimiento el general Townshend, con la 6.ª división atacó las posiciones turcas de Kurna; las más avanzadas fueron tomadas por asalto el 31 de mayo, y el 1.º de junio los turcos evacuaron las demás, pronunciándose en retirada por la orilla izquierda del Tigris. Entre tanto, los ingleses habían preparado una numerosa flotilla de monitores, cañoneros, barcos hospitales y transportes. El general Townshend tripuló algunas embarcaciones, con un puñado de hombres, y remontando el Tigris entró por sorpresa, casi sin resistencia, en Amará, llegando poco después el resto de la división, que se estableció allí sólidamente. En los combates de Kurna, persecución y Amará, los ingleses hicieron 1,773 prisioneros y capturaron 4 cañones, 2,718 fusiles y cuatro embarcaciones, echando a pique un cañonero.

Tomado Amará, cayó en manos de los ingleses Nasiriyá, sobre el Eufrates, mediante una expedición fluvial, hábilmente conducida y ejecutada por el general Gorringe. La fuerza turca se reducía a 1.000 soldados, 2.000 árabes y 4 cañones. Estas operaciones invirtieron casi un mes, pues emprendidas el 26 de junio, no terminaron hasta el 25 de julio; en los últimos combates, los turcos pusieron en línea fuerzas más importantes. Las bajas inglesas ascendieron a unos 600 hombres, pero los turcos perdieron cerca de 1,000 prisioneros, 17 cañones, 5 ametralladoras y 1.586 fusiles.

Conquistados Amará y Nasiriyá, toda la resistencia de los turcos, mandados por Nur-ed-Din, se concentró en unas posiciones atrincheradas, un poco al N. de Kut-el-Amara y a los dos lados del Tigris. El general Townshend emprendió el avance a primeros de septiembre, al frente de tres brigadas, derrotó a los turcos en los días 27 y 28 y les persiguió sin tregua hasta el 5 de octubre en que el enemigo llegó a Ctesiphon. Estas operaciones del mes de septiembre fueron más penosas, porque no se pudo utilizar la vía fluvial más que como auxiliar de la marcha principal, que se hizo por tierra. Los turcos perdieron 1.153 prisioneros y 14 cañones. Las bajas inglesas ascendieron a 1.233.

De la relación de recompensas que acompaña al parte que en extracto antecede, se deduce que en las operaciones sobre Kut-el-Amara formaron seis regimientos ingleses, otros seis indostánicos, dos regimientos de caballería, dos batallones de zapadores y un destacamento de ingenieros, artillería a pie y de campaña, señaladores, tropas de comunicaciones, del tren, intendencia y sanidad; este dato es interesante, porque da a conocer con aproximación el efectivo de las fuerzas sitiadas en Kut-el-Amara, que debe de ser bastante mayor de lo que se había dicho —7,000 hombres—, a menos que en la retirada de Ctesiphon los ingleses perdieran bastantes millares de hombres.

La impresión que se obtiene del parte oficial del general Nixon, es que hasta principios del verano Turquía no se preocupó apenas de lo que acontecía

en Mesopotamia, y que los primeros refuerzos no llegaron hasta el mes de septiembre. A pesar de la importancia del vilayeto de Basrah, en la región bañada por el Chatt-el-Arab, las tropas de ocupación, 14 batallones, se encontraban muy descuidadas, como era muy proverbial en Turquía con todas las tropas que no guarnecían la capital del Imperio, y diseminadas en una vasta extensión, sin enlace ni bases de abastecimiento. Los primeros triunfos de los ingleses fueron rápidos y fáciles, más aún por el descuido del enemigo, porque aquellos se sirvieron con preferencia de las vías fluviales, abundantísimas por la red de canales y afluentes navegables de los dos grandes ríos, que les permitían trasladarse en poco tiempo, sin pérdidas ni privaciones, a los centros importantes de población, mientras que los turcos tenían que moverse en tierra firme, inundada y cenagosa en una enorme extensión. Pero cuando se rebasó la posición de Amará, para dirigirse a Ctesiphon y Bagdad, las circunstancias cambiaron: hubo de abandonarse el río y se hizo inevitable el ataque a las posiciones preparadas defensivamente por los turcos.

Esta ventaja de los caminos fluviales, utilizada por los ingleses y vedada a los turcos por su falta de previsión, explica la súbita aparición de las diferentes columnas de socorro enviadas en auxilio de Kut-el-Amara. La marcha se efectúa en transportes, y solamente ha de continuarse por tierra cuando se llega a una distancia de Kut variable con el nivel de las aguas, y, por consiguiente, con la extensión de las inundaciones, pero que oscila entre 50 y 70 kilómetros al S. de aquella plaza. En el mismo hecho se encuentra la explicación de que los turcos no lleven más al S. su línea de resistencia, sino que invariablemente esperen el ataque cerca de Kut; los ingleses, por el Tigris y los amplísimos canales, rebasarían sin peligro a su adversario, hasta llegar cerca de Kut, donde el río, más encauzado, queda ya dominado y batido por la artillería turca. Esta situación es en extremo desventajosa para el defensor, obligado a esperar la acometida en lugares determinados, deja en amplia libertad a los ingleses y hará sumamente laboriosa la reconquista de la parte baja de Mesopotamia, aun suponiendo que los musulmanes obtuvieran una victoria decisiva.

La campaña en el Irak tiene, pues, una fisonomía especial, que la hace muy interesante, por la novedad que encierra, pero por ahora nos hemos de satisfacer con partes y despachos breves y concisos, que apenas arrojan luz sobre aquellos acontecimientos. Si algo puede concluirse en concreto, es que todas las probabilidades están a favor de los ingleses y que Turquía habrá de resignarse a perder una porción de aquella comarca, por lo menos la que linda con el golfo Pérsico.

V.—La superioridad de la artillería alemana

Los alemanes preparan lentamente con el tiro de su artillería pesada, los avances que están realizando en Verdun; es aquel, como he dicho en otra *Crónica*, un fiel ataque regular, paso a paso, a cuyo servicio se ha puesto la artillería de grandes calibres, que, como es lógico, ha modificado y dado mayor rapidez a los conocidos métodos de ataque. Los

franceses, comprendiendo que la defensa pasiva no evitaría la caída de la fortaleza, recurren hace días a los contraataques, pero mientras los asaltos alemanes son coronados por el éxito casi siempre, los contra-golpes del sitiado fracasan sin excepción. ¿Cuál es el motivo?

Con sus grandes calibres, los alemanes arrasan, más que destruyen, las posiciones que se proponen conquistar; baten al mismo tiempo el sector inmediatamente más atrás, con objeto de alejar a las reservas y obligar a que se retire la artillería adversaria, y conseguidos estos fines, un oportuno avance de la infantería les pone en posesión, con pocas bajas, de los objetivos propuestos. El método es tan claro y de tan buenos resultados, que no es posible se le oculte a nadie. Sin embargo, los franceses se valen con preferencia de la infantería para pronunciar sus contraataques, exponiéndose a sufrir más pérdidas y a que se malogre la operación. Si dispusieran de artillería proporcionada a la del sitiador, poseyendo como poseen todavía las alturas dominantes, les sería fácil preparar sus contraataques, como los alemanes preparan sus avances, y en este duelo con armas iguales, el triunfo sería de quien ocupa la mejor situación topográfica, puede concentrar más fuerzas en el sector que peligra y está mejor unido con sus bases; esto es, de los franceses. No ocurre así, y ha de deducirse, necesariamente, que la artillería francesa es inferior a la adversaria.

No era esto lo que había dicho la prensa francesa, ni tampoco lo que podía esperarse después de tantos meses de guerra y de las enseñanzas elocuentes de la batalla del Dunajec, de la campaña contra Rusia y de la ofensiva en la Champaña. ¿Ha habido una equivocación en la elección y fabricación de calibres? ¿No ha podido la industria francesa llegar a la capacidad de producción alemana? Una de las dos, si no ambas, es la causa de lo que acontece.

En esto también se revela la superioridad del mando alemán. Elige el método de combate que está más en armonía con las ventajas que su ejército posee sobre el francés, y este último se doblega a la voluntad del primero, cuando lo que debería procurar es imponer su iniciativa a la alemana, de modo que la lucha se estableciera sobre el factor en que descuellan los aliados, que es, entre otros discutibles, el efectivo de los ejércitos. Hoy, lo mismo que el primer día, unos hacen la guerra, y otros se someten a ella.

VI.—¿Continuará el ataque a Verdun?

Los últimos combates acaecidos en la zona de Verdun presentan la particularidad de mantener los alemanes su ofensiva en la orilla izquierda del Mosa, y efectuar los franceses fuertes contraataques, de grande energía, en la orilla derecha, frente a Douaumont y en Poivre.

El avance alemán al O. del Mosa ha sido aún más lento que en las semanas anteriores; ello se debe a que el principal obstáculo que se les opone es la altura dominante de cota 304, bien organizada, apoyada por numerosa y gruesa artillería, y enlazada perfectamente con el terreno a retaguardia, lo que facilita la llegada de refuerzos, así como los barrancos que la bordean se prestan al abrigo de las reservas. Pero otro motivo más poderoso que la naturale-

za del terreno, debe de ser el causante de la actual situación. Hay que descartar el que atribuye la paralización al agotamiento de los adversarios; quede esto para quienes se limitan a examinar superficialmente los hechos y admiten que los Cuarteles generales obran sin saber lo que hacen. Los antecedentes son los que siguen.

El saliente ofensivo francés de Verdun ha quedado inutilizado hace muchos días, sin que no obstante hayan cesado los ataques alemanes; el frente británico se ha extendido en dimensiones, pero muy poco en densidad de ocupación; el grueso francés se ha trasladado desde Reims a Lorena. De consiguiente, el estado de equilibrio que se mantuvo desde noviembre de 1914 a febrero de 1916, ha sido substituído por otro estado, que no podrá calificarse de equilibrio hasta que pasen muchos meses o hasta que reciba la sanción de la experiencia, mediante una ofensiva de uno de los beligerantes. Dentro de esta situación transitoria, la iniciativa en el teatro occidental la continúan asumiendo los alemanes. ¿La aprovecharán para obtener en otro lugar del frente los frutos de los combates de Verdun? Es imposible responder. Parece cierto que la actividad de la artillería alemana ha disminuído en el sector de la fortaleza, lo cual, si se confirmara, indicaría que parte de aquella artillería ha sido trasladada a otro lugar, manteniendo ante Verdun la precisa para no perder la superioridad, evidente en lo que toca a los grandes calibres. A favor de este fuego, tal vez se hayan reducido las masas alemanas, de modo que muy bien pudiera ser que sólo quedara allí un efectivo de contención que, para asegurar más este efecto, no abandona su actitud agresiva.

En los frentes ruso e italiano, ninguno de los beligerantes posee en este momento la iniciativa; no transcurrirá el verano sin que unos u otros traten de inclinar definitivamente la balanza a su favor, y como es de presumir que serán los austro alemanes los primeros en obrar, no es absurdo que en mayo una parte de las fuerzas reunidas delante de Verdun tendrán mejor aplicación en otro punto.

Finalmente, si el estado del ejército francés no fuera tan sólido como se dice, estaría justificado un nuevo ataque a Verdun, vigoroso, a fondo, general, que pusiera el campo atrincherado en manos del sitiador y dejara a éste en libertad durante todo el verano para revolverse contra rusos e italianos, sin preocuparse de sus adversarios del Oeste.

Estas son las tres hipótesis admisibles; inútil disertar sobre ellas, porque muy pronto los acontecimientos descubrirán cuál es la verdadera. La relativa calma que se observa en el sector de Verdun puede, pues, ser el preludio de una batalla sangrienta y casi decisiva o el síntoma de nuevas operaciones en otro lugar; la aproximación del buen tiempo induce a desechar toda solución intermedia, esto es, el ataque lento y metódico con las mismas tropas y material que hace un mes.

Si los alemanes trasladan su actividad a otro sector sin haberse antes apoderado de Verdun, habrá llegado el caso de discutir si su última operación en Francia ha sido o no un fracaso. Las consecuencias de las batallas de Verdun se manifestarán este verano; ahora, cabe afirmar que esas consecuencias serán más importantes de lo que se cree.

Imp. Castillo.—Aribau, 177.

VII.—La situación el 18 de abril

La ofensiva rusa en el Cáucaso, tropieza cada día con mayores obstáculos; están ya presentes en aquel teatro los primeros refuerzos turcos, pero no se sabe su situación, ni su fuerza, ni mucho menos los objetivos del alto mando.

Desde su derrota del 8 de abril, entre Felahié (1) y Sanná-i-Yat, cerca de Kut-el-Amara, los ingleses no han dado noticias de las operaciones en Mesopotamia. Se han replegado descendiendo el valle del Tigris, pero como no en balde es esta la tercera tentativa que hacen por socorrer al general Townshend, ha de suponerse que el general Gorringe, jefe de las tropas de auxilio, organizó en su avance alguna base secundaria donde apoyarse en caso de retirada, sin tener que replegarse muy al S. perdiendo todo el terreno ganado. Entre la posición de Sanná-i-Yat, y Kut, ocupan todavía los turcos otra, la de Es-Sinn, que es la más fuerte y donde se encuentra el grueso de sus fuerzas. Felahié, lugar de la última derrota de Gorringe, dista de Kut 30 kilómetros en línea recta y unos 45 siguiendo las sinuosidades del valle.

Menudean los encuentros de avanzadas en la Macedonia griega, cuyas fronteras han sido franqueadas en algunos puntos por las patrullas búlgaro-alemanas. Nada nuevo ha ocurrido delante de Vallona.

En el frente austro-italiano, los dos adversarios se atacan alternativamente, sin ventaja apreciable para ninguno. Las noticias de origen italiano insisten en señalar un aumento de tropas austriacas. Italia ha llamado a las armas a dos nuevas reservas.

Sin esperar que concluya el deshielo, los rusos han reanudado su ofensiva, aunque parcial y con no muy numerosos contingentes, a causa del estado del terreno. Esa prisa que muestran los moskovitas, ha de interpretarse como medida preventiva contra un ataque enemigo, encaminada a trastornar los preparativos de éste. Los austro-alemanes no han modificado su actitud, sin dejar traslucir hasta ahora sus propósitos. La situación general permanece la misma, habiendo variado sólo en ligerísimos detalles que no prejuzgan lo que va a suceder.

En el sector de Verdun, los alemanes han avanzado un poco al S. O. de Bethincourt, así como en los bosques inmediatos a la orilla izquierda del río. En la orilla derecha, han tomado por asalto las posiciones francesas de Steinbruch, 700 metros al S. de la granja de Haudromont, y han avanzado en las alturas al N. O. de la granja de Thiaumont, haciendo prisioneros a 42 oficiales, entre ellos cuatro de estado mayor, y 1.646 soldados ilesos. El total de prisioneros hechos por los alemanes en los combates de Verdun, desde el 21 de febrero, asciende a 711 oficiales y 37.155 soldados, cuyos nombres anuncia el cuartel general alemán que publicará para que nadie pueda poner en duda la veracidad de los comunicados oficiales.

En el resto del frente occidental, los pequeños combates de zapa y mina y reconocimientos por patrullas, de hace muchos meses.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

19 de abril 1916

(1) En el próximo cuaderno publicaremos un plano de las posiciones turcas que defienden las avenidas de Kut-el-Amara.—(Nota de los E.)

Derechos reservados